

En el centenario de Don Fed. Henriquez i Carvajal

(En el *Rep. Amer.* Envío de don Rafael Anido, en La Habana, Cuba).

(Véase la entrega anterior)

Señor Federico Henríquez.

Mi apreciable amigo:

Te vuelvo tu valioso drama, rindiéndote expresivas gracias por tu amabilidad al enviármelo y felicitándote por el triunfo adquirido en esa feliz inspiración de tu alma. Desde que supe su existencia tuve sed de leerlo, tuve ansias de saborear esas bellezas sospechadas por mi fantasía y denunciadas por el escrito de Pérez. Y no me engañaba: su lectura interesa vivamente el ánimo y, una vez principiada, no es posible abandonarla sin concluir. Esto fué lo que yo hice, y lo que hará indudablemente todo el que tenga alma, todo el que sepa sentir con los episodios conmovedores de tu drama.

Desprovista de los atributos que constituyen una autoridad literaria, no puedo levantar la voz para hacer el análisis de tu obra; pero, si se consultase mi dictamen, yo, guiada por no sé qué influencia secreta que me hace adivinar lo bello i me arrebatara con sus inspiraciones, diré: que en ese tesoro, todo es joyas.

Créeme siempre tu amiga verdadera.

Salomé UREÑA.

Santo Domingo, noviembre 5 de 1877.

¡ P E R S E V E R A !

A mi consocio y amigo Federico Henríquez y Carvajal, con motivo de su drama *La Hija del Hebreo*.

Tan conmovido me dejaron las últimas escenas de tu drama, al oír su lectura en la sesión celebrada por *La Republicana* con ese objeto, que sólo pude dirigirte unas cuantas palabras de felicitación, interpretando, como presidente de la sociedad, los deseos de aquella concurrencia que te prodigaba sus aplausos.

Pero tu obra merece más que una felicitación i más que un aplauso.

En medio de ese silencio, de ese abandono, de esa inercia a que se ha entregado nuestra literatura, viene a ser un verdadero acontecimiento todo lo que manifiesta que el fuego sagrado del genio se reanima y que al través de las cenizas quedan todavía algunos resplandores.

Tu drama es una resurrección. Parece que tú has evocado el espíritu del fondo del abismo donde se operaba la gestación laboriosa de la idea. I así como basta al pedernal el choque para producir la chispa, así bastó a tu genio la chispa para producir la luz. No hay que dudar: tienes el privilegio de haber sacudido ese cadáver diciéndole como Jesús a Lázaro: *¡Surge et vade!* "¡Levántate y anda!"

Pero lo que más hace meritoria esa resolución es que el vacío se cierra en torno de todos los que aquí rendimos culto a esa diosa avara de sus recompensas que se llama la literatura. En otros países el móvil es la fe; en el nuestro el desaliento debía cortarnos las alas. Y no sucede así, únicamente porque, ¿cómo detener el águila en los picachos de sus cimas si ve constantemente el espacio, que tiene para ella la atracción irresistible de lo infinito?

Poco importa al ruseñor que su canto se pierda en las profundidades del bosque; obedece a su destino que le impulsa a poblar de armonías las soledades: su voz, de Dios le viene y a Dios sólo se complace en consagrarla.

Debo concretar mis ideas, y desde luego decir lo que es tu drama en sí mismo. Pues bien: es todo el germen de una civilización encarnada en el alma de un niño. Parecerá exagerado; mas esto es la verdad. Tu *Cristiana*, la protagonista, es una creación bellísima, tierna, adorable. Cada sonrisa suya es una irradiación del cielo; cada palabra un ritmo armonioso del poema de la inmortalidad. Es el tipo de toda una regeneración moral en la sociedad. Es el instrumento con que la Providencia pulveriza una preocupación irrisoria. *La Hija del Hebreo* es la paloma divina que lleva la oliva, símbolo de salvación, a los que flotan en el arca sobre las aguas del diluvio de las pasiones.

Dos religiones distintas, que fueron casi una misma en su origen, vienen a luchar en tu drama con esa lucha de la intolerancia ciega, del fanatismo implacable que es la peor de todas las luchas en todas las épocas de la historia. Producir el caos es ley constante de la flaqueza humana. Lo grande, lo bello, lo perfecto, lo eterno está en Dios. Pero pedir a Dios algo de su grandeza para la humanidad es dar un paso más en el camino; engalanarse con algo de su belleza inmortal es ir entrando en la plenitud del bien; reflejar siquiera un destello de su perfección sublime es la conquista de un progreso indefinido; vivir un minuto tan sólo de esa eternidad es llenar de luz, colmar de gloria la existencia en todos los tiempos. Hacer todo eso es civilizarse.

Ahora bien: tu drama es la condensación de todas las verdades infinitas en una espléndida verdad; va, de incidente en incidente, ligando la trama de las pasiones en el abismo con un lazo cuyo extremo se encuentra en el cielo en las manos de Dios. ¡Ese lazo es el amor!; el amor, que si algo tiene de poderoso, de grande, de heroico, de noble, de benéfico, de ideal, es porque deriva todos sus atributos de la misma divinidad.

La verdad que tú proclamas hábil y victoriosamente es que el amor es una religión universal, o mejor dicho, que toda religión no es sino amor. El corazón es un santuario abierto a todas las sectas; su dogma es inteligible para los que adoran a Brahma, para los que siguen a Confucio, para los que esperan al Mesías, para los que obedecen a Mahoma y para los que veneran a Jesucristo.

I ¿cómo proclamas esta verdad?... Lo haces por medio de contrastes que interesan vivamente el ánimo. Pones de un lado, en don Juan de la Paz Faría, al padre terriblemente fanático por su religión así como lo es por sus opiniones anexionistas en aquellos años de nuestras luchas de la Restauración; y del otro, en Daniel López, al joven hebreo, enamorado de la angelical María, amado también por ella, que está casi ofrecida en matrimonio a un teniente coronel español por el autor de sus días, y decididamente resuelta a arrostrarlo todo en aras de su amor al dueño de su corazón.

En esta situación las cosas, después que una catástrofe inevitable acaece y que María fuga con su amante y la Providencia interviene privando de la vista a su padre en aquella *noche terrible de rayos*, tempestad y maldiciones, desenvuelves los tres actos que siguen al prólogo, en los cuales aparece la interesante figura de *Cristiana*, fruto del matrimonio de los dos amantes maldecidos por la preocupación paternal.

Cristiana es el ángel del hogar, donde la felicidad sonríe, pero sobre el que se proyecta una sombra fatídica: la del ciego, que implora la caridad pública, la de la víctima de su propia creencia y de la ingratitud de los extranjeros cuya causa había abrazado con tanto ardor.

Después de once años de ausencia, los afortunados esposos hallan ocasión de recoger aquel pobre ciego, sin que él sepa quiénes son sus bienhechores. *Cristiana* es para él la Providencia, de la cual se hallaba abandonado.

Cristiana va consolando ese infortunio, pero también va lentamente regenerando esa alma, enseñando una verdad, produciendo una revolución moral en ese espíritu extraviado. Cuando llegue el día de las revelaciones, ya aquel corazón estará cautivo en las redes que la inocencia le ha ido preparando sin saberlo. Cuando aquellos ojos contemplen la luz material, debido a los esfuerzos de la ciencia, también aquella conciencia se iluminará con los resplandores de la luz del cielo, de la fe en los destinos de la humanidad, de la fraternización de todas las ideas religiosas en el seno de la civilizadora religión universal, que es el amor.

El perdón para los que consideraba sus mayores enemigos, porque los creía de su Dios, brotará de sus labios inspirado por ese mismo Dios, cuyo representante en la tierra es una tierna niña de diez años.

Oh, ¡qué escenas tan conmovedoras! ¡cuántos incidentes de sencillez y naturalidad hacen de tu drama una de esas obras que bien pueden ser dignas de una fama imperecedera!

Aquellos pasajes en que *Cristiana* y el anciano hablan comunicándose sus ideas, son un modelo de arte. ¡Qué cuadros tan magníficos! ¡Qué sublimes contrastes! La flor que se abre al beso perfumado del alba y el tronco carcomido que se dobla al soplo de la tempestad. El cielo y el abismo contemplándose: el uno irradiando torrentes de luz; el otro envuelto en pavorosas sombras. He aquí lo que representan esos dos personajes. Pero la flor engalanará aquel tronco rejuveneciéndolo y comunicándole la savia de su propia vida; el cielo se unirá al abismo, porque entre ellos flota invisible el soplo de Dios, que es el *Fiat Lux* de una creación maravillosa.

Tu drama, en sus detalles y en su conjunto responde a todo lo que los grandes maestros del arte exigen para que sea una obra perfecta cuanto cabe serlo.

Podemos decir que él tiene una misión nacional, una misión social y una misión humana. En todo enseña; en todo civiliza.

La misión nacional la cumple, no tan sólo atacando esa preocupación injusta que hace oposiciones a los enlaces de nuestras mujeres con jóvenes honrados y dignos de aprecio, por el sólo motivo de diferencia de religión, cuanto porque, en otro orden de ideas, pone de manifiesto la ingratitud con que siempre pagan las naciones dominadoras los servicios que se les prestan, y cuán denigrante es